

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Julio de 1886

Año I

N.º 7

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

REFUTACIÓN DE UN SOFISMA

EL socialismo moderno es el desarrollo del generoso pensamiento de los utopistas de los siglos XVII, XVIII y primera mitad del XIX, serie brillante de pensadores, gloria de la humanidad, que comienza en Tomás Moro y acaba en Sixto Cámara, y en la cual brillan en primer término los nombres de Vives, Campanella, Helvecio, Mably, Morelly, Owen, Fourier, Saint-Simon y Cabet.

Tal es hoy su desarrollo, que se extiende á límites superiores al número inmenso de socialistas que se organizan, discuten, escriben y se agitan en todo el mundo civilizado; llega hasta influir en los indiferentes, en los que dedican su pensamiento y su actividad á distintas esferas y hasta en sus mismos enemigos. La ciencia, provista de sus perfectos instrumentos de análisis, recorre hoy la inmensa escala que separa los infinitamente grandes de los infinitamente pequeños, eleva la dignidad humana por los méritos de su propio pensamiento y destruye la ficción mitológica que forjaron los hombres de las primitivas sociedades; el arte, falto ya de aquellos ideales sustentados por la fe, se arrastra decadente, deja que vegeten como medianías los artistas formados en las antiguas y agotadas escuelas, y da aliento á los jóvenes atrevidos que se lanzan al descubrimiento de nuevas fuentes de inspiración brillando ya entre ellos los que se han distinguido con producciones que combaten la tradición; la política, en su parte positiva, dedicada á mantener el orden y regir las sociedades, se ve obligada á sacrificar parte de los intereses creados para hacer concesiones á las masas proletarias, y en su parte ideal, acentuando cada vez más su aspecto revolucionario, pide como una gracia á los socialistas que aplacen su propaganda y su organización hasta que haya llevado á la práctica su programa; la producción, que hasta ahora dominó en el mercado fijando el valor en vista de los intereses del capital, vése hoy precisada á contar con las exigencias impuestas por las agrupaciones de trabajadores; hasta las costumbres, que venían siguiendo la rutina tradicional, se modifican visiblemente cada día con arreglo al espíritu del siglo, caracterizado principalmente por la actitud socialista de las masas proletarias.

Frente á esta invasión socialista que á todo alcanza levántanse algunos pensadores eminentes á oponerse á sus progresos, y su autoridad atrae á conservadores y oportunistas hasta el punto de vernos amenazados de la formación de una escuela conservadora en nombre de la ciencia.

No queremos creer que los pensadores aludidos, temiendo las consecuencias sociales que se deducen de sus importantes descubrimientos, hayan inventado un sofisma para atenuar los resultados de su propia obra: eso es pueril hasta un punto inverosímil y no podemos creerlo, y si algún sabio se empequeñeciese hasta ese punto, peor para él. Por tanto, nosotros dejamos á un lado la cuestión de los móviles, y vamos directamente á combatir el error y la injusticia que en nombre de la ciencia y de la justicia se nos opone.

Dice Hæckel: «La naturaleza ha llegado al perfeccionamiento relativo de las especies por la eliminación sucesiva de los individuos mal conformados. Esta eliminación se efectúa principalmente por medio de la lucha por la existencia; en la cual los seres mal dotados son vencidos y suprimidos por los más fuertes y más inteligentes. Las especies mejor apropiadas al medio en que viven, han reemplazado á las otras, y en estas especies mismas los individuos robustos é industriosos han tenido mayores probabilidades de perpetuar la raza; luego los socialistas que quieren establecer un equilibrio artificial entre los débiles y los fuertes, favoreciendo ello con la reproducción de los primeros, van contra las leyes naturales y sólo pueden conseguir la degeneración de la especie humana.»

Dice Spencer: «La miseria es el resultado fatal de la incongruencia entre la constitución y las condiciones. Todos esos males que nos afligen y que parecen á los ignorantes consecuencia clara de tal ó cual causa removible, son el inevitable cortejo de la obra de adaptación que se está cumpliendo. La humanidad tiene que someterse á las necesidades indispensables de nueva posición, amoldarse á ellas y resistir lo mejor que pueda las desgracias que son su corolario. Hay que seguir el proceso y aceptar el sufrimiento. Ningún poder sobre la tierra, ninguna medida imaginada por hábiles legisladores, ningún proyecto destinado á rectificar el curso de las cosas, ninguna panacea comunista, ninguna reforma pueden disminuir aquel sufrimiento en un ápice: puede sí aumentarse su intensidad y de hecho se la aumenta, y el filántropo que se proponga remediar este mal, hallará siempre amplia esfera en que ejercitarse; pero el cambio lleva consigo una cantidad normal de sufrimiento que no puede ser reducida sin atentar á las leyes mismas de la vida... Es claro que si la severidad de este proceso puede mitigarse por la simpatía espontánea que liga á los hombres, debe ser mitigada, aunque es incuestionable que sobrevienen daños cuando esa simpatía se manifiesta sin tener en cuenta las últimas consecuencias; pero los inconvenientes que resultan no son nada en comparación del bien cumplido. Sólo cuando esa simpatía impulsa á actos de iniquidad; cuando produce intrusión prohibida por la ley de libertad igual, para todos; cuando suspende en alguna dirección particular de la vida la relación necesaria entre la constitución y las condiciones, sólo en este caso es realmente nociva. Entonces, sin embargo, burla ella misma sus propios designios. Favorece la multiplicación de los más ineptos con perjuicio de los más aptos, y tiende á

llenar el mundo de personas para quienes la vida será una carga, cerrando las puertas á aquellas otras para quienes la vida sería un placer. Inflige una miseria real é impide una felicidad positiva.»

Aunque otros notables publicistas abundan en las ideas citadas, á éstas nos concretamos por creer que representan perfectamente el error que nos proponemos combatir.

La afirmación de Hæckel, si tiene valor en las especies que viven la vida de la animalidad, y á creerlo así nos inclinamos, no rige para la sociedad humana, en la cual no son los individuos más fuertes y más inteligentes los que disfrutan del poder, de la riqueza y de la ciencia, sino los favorecidos por el privilegio. Si en la sociedad los seres bien dotados prevaleciesen y suprimiesen á los inferiores, tendríamos una sola categoría de poderosos, ricos y sabios; y el paria hubiera sucumbido sin dejar rastro de su existencia, y por consecuencia no hubiera podido transformarse en esclavo, siervo ni proletario, escala progresiva por la que los seres inferiores ó débiles han llegado hoy á la vida de la democracia y alcanzarán mañana la acracia. La historia, al consignar el progreso social, que consiste principalmente en la supresión de las diferencias sociales, evidencia con perfecta claridad la afirmación contraria: el señor absoluto de vidas y haciendas que se creía tan poderoso como un dios, cuya voluntad subyugaba todas las voluntades, cuyo capricho era la única ley, fué sucesivamente compartiendo su poder con diferentes categorías sociales que ante él se levantaban, llegando en el día á convertirse en una vana sombra de majestad protectora de la burguesía dominante, que á su vez pacta con las poderosas fuerzas democráticas, en tanto que llega el último término de la evolución social con el establecimiento de la acracia que eleve el nivel común de las condiciones sociales al punto final de la aspiración de justicia.

Para que Hæckel tuviera razón, la historia debería entenderse al revés: la lucha por la existencia hubiera durado un plazo más ó menos largo, pero hubiera terminado por la *supresión* de los débiles y los inferiores, los fuertes y los superiores hubieran quedado solos, y como en su soberbia ninguno hubiera querido someterse al duro trabajo, hubieran quedado como reyes sin vasallos, legisladores sin pueblo, generales sin soldados, pastores sin grey, sabios sin admiradores, artistas sin público; no habiendo cultivadores, productores ni abastecedores de lo indispensable para la vida, en cuyas faenas se han ocupado siempre los débiles é inferiores, la vida hubiera terminado por un cataclismo más tremendo que el supuesto diluvio bíblico.

Mientras veamos individuos que salen de los abismos de la miseria y de la ignorancia para alcanzar las posiciones más brillantes y gloriosas, y sea posible, por el contrario, que los descendientes de los recién encumbrados ó de los encumbrados de larga fecha, caigan en la abyección y el embrutecimiento; mientras veáis al proletariado de las grandes poblaciones agitarse, discutir, organizarse, dar conferencias, publicar periódicos y constituir casi por sí solos la sociología, ciencia eminente-

mente revolucionaria, y enfrente de ellos veáis á los últimos restos de la aristocracia criar caballos, asistir al circo gallístico, frecuentar el trato de manolas y rufianes, y á los vástagos de aquellos burgueses que engordaron con la desamortización, vestir con femenil atildamiento, usar lentes y llevar patillas de L y la frente cubierta de engomado cabello, puede afirmarse que Hæckel no tiene razón, y al acusar á los socialistas de querer restablecer un equilibrio artificial entre los débiles y los fuertes, resulta probado que él y con él todos los conservadores quieren justificar las iniquidades del pasado, perpetuar las injusticias del presente é impedir que la sociedad humana llegue á alcanzar el equilibrio perfecto.

Spencer parece que considera á los socialistas como sentimentales filántropos, cuyos caritativos sentimientos se viesen afectados tristemente por la existencia de la miseria; pero la severidad de sus palabras, antes transcritas, no alcanza á los socialistas, que confían en la ciencia y en la revolución, sino á los creyentes que pretenden arreglarlo todo por la caridad, recurso individual en su mayor alcance, pero nulo y de valor negativo como terapéutica social.

Reclamen, pues, contra Spencer los cristianos, ya que les niega el medio que dicen que su Dios les reveló para corregir las imperfecciones de las relaciones humanas, que los socialistas nada tienen que ver con la caridad.

Renunciamos, por tanto, á hacer el análisis de las ideas de Spencer respecto á este asunto, ya que con lo dicho respecto de las de Hæckel creemos haber conseguido nuestro objeto.

Pasó ya el tiempo en que á los que á la justicia social aspiraban, se les consideraba como visionarios y utopistas, hoy el socialismo ha salido de las generalidades sentimentales para entrar en el estudio y la experimentación, y tiene por suya una ciencia, la sociología, con la cual irá hasta donde pueda y deba ir, sin que puedan contenerle en su camino los errores de los sabios.

En resumen, los socialistas, á pesar de la autorizada aunque errónea oposición de los sabios, persiguen una aspiración legítima y racional.—L.

EL PARTIDO OBRERO

Los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender á constituir nuevos privilegios, sino á establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes...

La emancipación de los trabajadores no es un problema únicamente local ó nacional, sino que, al contrario, este problema interesa á todas las naciones civilizadas; estando necesariamente subordinada su solución al curso teórico y práctico de las mismas...

ESTATUTOS DE LA INTERNACIONAL.

No existe organismo alguno cuyo funcionamiento produzca resultados opuestos á su propia naturaleza.

Una locución popular ha grabado esta verdad en la conciencia de todos: «Pedir peras al olmo» llámase todo propósito irracional, toda aspiración que no concuerde con los medios que para conseguirla se empleen.

Los socialistas que trabajan por la organización de un partido obrero

para formar el Estado obrero y con él obtener la emancipación social del proletariado, desconociendo que Estado y Revolución son dos fuerzas opuestas é incompatibles, piden, pues, peras al olmo.

Hé aquí la demostración:

Un partido obrero que se organiza fuera de todo partido político burgués y que se propone alcanzar el poder para desde él desarrollar determinado programa, trata nada menos que de constituir un gobierno obrero, es lo que se ha convenido en llamar el partido del Estado obrero.

Porque háganse cuantas distinciones teóricas se quieran: la verdad es que de hecho no hay diferencia apreciable entre la idea Estado y la idea Gobierno, y el primero que tuvo la llaneza de declararlo fué Luis XIV con estas célebres palabras: «El Estado soy yo.»

Los obreros organizadores del partido obrero han debido pensar: ha habido Estados ó gobiernos que han representado sucesivamente todas las clases sociales; la idea *cracia* ha sido combinada con las ideas *auto*, *teo*, *aristo*, *meso*, etc., representando el predominio de los reyes, de los curas, de los nobles y de los ricos; ahora bien, gastadas ya estas combinaciones, predícase la *demo* (pueblo) *cracia* (gobierno), nosotros somos el *demo*, conquistemos la *cracia* y tendremos el Estado obrero, que hará:

«1.º Expropiación de la propiedad territorial, empleándose la renta para gastos del Estado; 2.º una fuerte contribución progresiva; 3.º abolición de la herencia; 4.º confiscación de la propiedad de todos los emigrados y rebeldes; 5.º centralización del crédito en manos del Estado, por medio de un banco nacional con privilegio exclusivo, sostenido y elegido por el Estado; 6.º centralización de los medios de transporte en poder del Estado; 7.º multiplicación de las fábricas nacionales, de los instrumentos de producción, cultivo y mejora de la tierra, conforme á un plan común; 8.º obligación igual para todos de trabajar, constituyéndose unos ejércitos industriales especialmente para la agricultura; 9.º combinación de la agricultura con la industria, con el objeto de hacer desaparecer gradualmente las diferencias entre las poblaciones urbana y rústica; 10.º educación pública y gratuita de todos los niños, con abolición de la producción material con la educación.» Según Karl Marx, fundador de la secta.

O sino, según el partido democrático obrero español:

«1.º La posesión del poder político por la clase trabajadora; 2.º la transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos del trabajo en propiedad común de la nación; 3.º la constitución de la sociedad sobre la base de la federación económica, de la organización científica del trabajo y de la enseñanza integral para todos los individuos de ambos sexos.» (Aspiración.)

«Derechos de asociación, de reunión, de petición, de manifestación, de coalición, libertad de la prensa, sufragio universal, seguridad individual, inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio, abolición de la pena de muerte, un solo fuero, justicia gratuita, jurado para toda clase de delitos, milicia popular en tanto que el ejército subsista, el servicio ge-

neral y obligatorio, reducción de horas de trabajo, prohibición del trabajo de los niños en las condiciones en que hoy se verifica, prohibición del trabajo de las mujeres cuando éste sea poco higiénico ó contrario á las buenas costumbres, leyes protectoras de la vida y de la salud de los trabajadores, creación de comisiones de vigilancia elegidas por los obreros para inspeccionar las habitaciones en que éstos viven, las minas, fábricas, talleres y demás centros de producción, responsabilidad pecuniaria de los dueños de cualquier industria en materia de accidentes de trabajo, protección á las cajas de socorros y pensiones á los inválidos del trabajo, reglamentación del trabajo de las prisiones, creación de escuelas profesionales y de primera y segunda enseñanza gratuita y laica, reforma de las leyes de inquilinato y desahucio, y de todas aquellas que tiendan directamente á lesionar los intereses de la clase trabajadora, adquisición por el Estado de todos los medios de transporte y circulación, así como de las minas, bosques, etc., y concesión del trabajo de estas propiedades á las asociaciones obreras constituídas ó que se constituyan al efecto, y *todas aquellas reformas que el partido socialista acuerde, según las necesidades de los tiempos.*» (Como medios de inmediata aplicación y eficaces para preparar la realización de sus aspiraciones.)

Dejemos aparte la diferencia que pueda haber entre los propósitos de Marx, patriarca de los organizadores de Estados obreros, y los fundadores del partido obrero español; hagamos también caso omiso por ahora de la proclamación del oportunismo que entraña esta cláusula final: *todas aquellas reformas que el partido socialista acuerde, según las necesidades de los tiempos*; lo que á nuestro objeto conviene hacer notar, es que el partido obrero quiere apoderarse del poder político en España, y no en Portugal, ni en Francia, ni en Andorra, Estados colindantes; ni mucho menos en Inglaterra, ni en Italia, ni en Alemania, ni en los Estados Unidos, etc., etc.; de donde resulta que el partido obrero se halla en oposición con un principio científico indestructible, que todo el mundo acepta, que aceptan seguramente todos los obreros que le forman y que han propagado con calor en otros tiempos los principales propagandistas de ese partido. *La emancipación de los trabajadores no es un problema nacional.* Contra este principio van los que quieren apoderarse del poder político en España antes de celebrar pactos, reunir fuerzas y combinar la acción para apoderarse de los poderes políticos de todas las naciones, ó al menos de buen número de ellas, para desde aquellas posiciones dominar después á las restantes; y los que contra la ciencia van se estrellan necesariamente ante lo imposible.

«Los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes profesiones en cada país, y de unión fraternal entre los trabajadores de las diferentes regiones;» ¿quién hay entre los propagandistas del partido obrero capaz de destruir esa afirmación estampada en el preámbulo de los Estatutos de la Internacional? Nosotros la oponemos en su camino, les retamos á que la destruyan, y si no la destruyen, les decimos: de aquí no pasaréis.

No puede olvidarse «que el movimiento que se está efectuando entre los obreros de los países más industriales del mundo entero, al engendrar nuevas esperanzas, da un solemne aviso para *no incurrir en antiguos errores*, y aconseja combinar todos los esfuerzos hasta ahora aislados,» razonamiento que encontramos hecho en el citado preámbulo y de que nos servimos para ayudar á la eficacia de aquel *solemne aviso*; y recordar á los extraviados que «los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender á constituir nuevos privilegios, sino á establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes.»

Los que por medio del partido obrero se proponen alcanzar la constitución del Estado obrero creen que el Estado, hoy, es el representante, el órgano de la dictadura de las clases directoras; convenido. Pero si mañana, en lugar de esa caterva de abogados y periodistas aduladores de la burguesía que llegan á las alturas del poder, subiesen los obreros más eminentes entre los propagandistas del partido obrero; si tuviésemos un presidente obrero, ministros, diputados, gobernadores, alcaldes, etc., etc., obreros, es decir, el Estado obrero, ¿perdería por eso el Estado su carácter esencial? ¿Dejaría el Estado de ser una tiranía? ¿Y podría esta vez la tiranía ser apta para fundar la libertad y resolver el problema social?

No.

Por otra parte, los obreros encumbrados dejarían de ser obreros para ser magnates, como lo estamos viendo con todos los que se encumbran, mientras es posible el encumbramiento, mientras existe la desigualdad; y no puede negarse que el partido obrero deja subsistente la desigualdad, si se tiene en cuenta que pretende elevar obreros á la categoría de gobernantes ó mandarines, para que otros obreros queden como siempre reducidos á la humillante clase de gobernados y servidores.

Nunca la dictadura, cualquiera que sea su objeto y sujeto representará al pueblo. Si es útil para representar la burguesía, que constituye una oligarquía con intereses propios y particulares en oposición con el interés general; si puede encarnarse en un corto número de individuos, imponer una ley conforme á sus apetitos sin respeto al derecho ajeno y repartirse el botín social bajo la égida de un gobierno, porque toda oligarquía por la dictadura vive, nunca representará al pueblo, es decir, á la universalidad de los intereses regulados por la justicia.

Si suponemos que el gobierno se ejerce por obreros socialistas que quieren beneficiar su posición en beneficio del socialismo, poco habremos alcanzado; porque no puede confiarse la solución del problema y su aplicación á la práctica á unos pocos que no serán más sabios que el conjunto de sus compañeros, y contra quienes no habría garantía en el caso, no ya de una traición, sino de sentirse impulsados á la reacción aunque sólo fuera porque no juzgasen *oportuno* introducir ciertas reformas, por aquella razón tan repetida por todos los oportunistas modernos, porque la masa trabajadora no alcanzase el alto nivel intelectual á que á sí propios se juzgarían elevados.

El programa del partido se presta admirablemente á esto: tiene una aspiración y una serie de medidas de aplicación inmediata, con las cuales cree conseguir la aspiración que se propone; pero nótese una circunstancia importante: el primer punto de su aspiración es la posesión del poder político, y por más que crean los firmantes del programa que tenemos á la vista «que el Estado obrero no debe ser otra cosa que una delegación para la administración de los intereses sociales, sin facultades arbitrarias, responsable y revocable en todo lugar,» lo cierto es que ha de cumplir las reformas administrativas que dejamos copiadas, y esto sólo puede hacerse con el empleo de medios coercitivos, y si los tiene y ha de luchar con encontrados intereses y oposiciones de distinto género, lo natural es que la primera preocupación del *Estado obrero*, según consigna el programa, ó del gobierno obrero, según el sentido común, sea sostenerse, como han hecho, hacen y harán todos los gobiernos habidos y por haber, sin cuidarse de programas ni compromisos anteriores, como no sea el contraído consigo mismo cada uno de los obreros elevados y á la gobernación del Estado de satisfacer su ambición particular.

La sociología no es una ciencia terminada sino una ciencia que empieza; cada descubrimiento, cada nuevo progreso, cada conquista del saber sobre la ignorancia puede ensanchar su horizonte, modificar las leyes de su aplicación, y esto reclama un mecanismo que permita al progreso social producirse gradualmente, con suavidad, al minuto y sobre todos los puntos á la vez, sin sacudidas, sin obstáculos, que permita, en una palabra, á la sociedad desenvolverse como se desarrolla el cuerpo humano, como brota la planta por una asimilación incesante y completa de todos los elementos de vida, de fuerza y de perfeccionamiento.

Este mecanismo no puede ser el Estado, aunque se le llame obrero, este mecanismo no puede ser otro que la libre federación de todas las agrupaciones productoras.

El Estado, por su propia naturaleza, es la encarnación del privilegio; él es nuestro enemigo, y de él no pueden servirse los que para destruir todos los privilegios han de renunciar aun á aquellos que pudieran beneficiarles.

El partido obrero se propone, pues, una imposibilidad y constituye, por tanto, una inconveniencia grandísima para los trabajadores.—L.

COLECTIVISMO Y COMUNISMO

Filosofía positivista.—Síntesis del Colectivismo y del Comunismo anárquico.—Identidad de estas dos ideas.—Sentido práctico que de ellas se desprende por la equivalencia de las fuerzas.—Anarquía en acción.—Poderes sociales.—Eternidad de estos poderes.—Lo tuyo y lo mío.—La Revolución positiva.—Me entendéis, sí ó no? (1)

EL positivismo, producto de la evolución científica de nuestro siglo, que ha de dislocar las añejas instituciones de esta sociedad maldita en que sólo triunfan y medran los canallas, trasciende sin duda alguna á la

(1) Este artículo es el capítulo V de la obra inédita que, con el título *Capacidad revolucionaria de la clase obrera*, ha escrito nuestro amigo T. Nieva.

La redacción, en su deseo de contribuir cuanto pueda á la ilustración de los trabajadores y coadyuvar al desarrollo y fomento de la sociología, le inserta, dejando á su autor la responsabilidad de sus ideas y de su lenguaje.

sociología. No en vano es la idea científica la que ha unido el ideal con la realidad de la vida, depurándole de toda fantasmagoría teológica y metafísica para atenerse sólo á lo natural, á lo conveniente y tangible, á todo lo que nuestro organismo reclame y se conforme con la razón y la experiencia; pero sin que por eso dejemos divagar sólo á la razón fría y desimpresionable ni á la misma experiencia sistemática, sin que la pasión y el sentimiento den vigor á la investigación y sostengan con su ardor las consecuencias que de las investigaciones se deduzcan. Y aun más, sosteniéndolas con el entusiasmo y defendiéndolas, no sólo con la constancia de la convicción, sino con el fervor y la terquedad del sectario.

El positivismo huella todos los dogmas incluso los de las aspiraciones populares, y por lo mismo la balanza de justicia de nuestras radicales convicciones desde el momento que se hicieran sistemáticas. Hay que tener siempre presente lo que he dicho de la serie. Sin ella no podemos darnos cuenta de todos nuestros móviles y efectos que originen.

No contento el positivismo de la revolución moderna con separar al obrero de los partidos medios, de los que no podría esperar sino su corrupción y prolongado idiotismo; no contento con la protesta de la política, del jornal, marcas degradantes de la esclavitud más odiosa é insufrible, y con la de la propiedad individual, usurpadora legal de lo que á todos y á cada uno pertenece por el derecho á la propia conservación; no contento ese positivismo bienhechor con declararse enemigo de todos los poderes y declarar, asimismo, cuestión vitanda para la salud, vida é independencia de los pueblos derrocar con su filosofía experimental y de severo análisis todo sistema gubernamental, marcha fatalmente en la actual época de transición de la sociedad *política* á la sociedad *social*, á dilucidar la síntesis del colectivismo, esto es, la aspiración de los productores al *producto íntegro*.

El concepto del producto íntegro, propagado de una manera muy abstracta por cierta escuela burguesa que tuvo buen cuidado de enviar á España un apóstol italiano, inteligente y perspicaz (el caballero Fanelli), es preciso sacarlo de su metafísica para hacerlo práctico con la idea de la gran circulación de los productos de oficio á oficio, de región á región, verificada que sea la gran liquidación social por los trabajadores, el ansiado día de la última y definitiva batalla contra el capital explotador, á fin de hacerse amos de toda la riqueza y organizar el trabajo poseyendo sus imprescindibles factores y todos los medios conducentes á la reposición de las fuerzas de los productores y á su comodidad y bienestar, incluso el crédito libre, ilimitado y gratuito.

Con el dogma del producto íntegro, sin más aclaración y amplitud, los trabajadores colectivistas de esta desgraciada España petrificaron su imaginación, y haciéndose dogmáticos como los políticos, y exclusivistas como los católicos, han monopolizado la idea cuanto fué posible, oponiendo infranqueables barreras á todo genio investigador y positivo. Declaráronse, además, enemigos de todo procedimiento de fuerza, de toda represalia, que calificaron de criminal, y, partidarios de la *evolución legal*, cual la misma burguesía, emplazaron la revolución social para los tiempos apocalípticos, acomodándose asimismo á las convenciones sociales y á la sumisión á las leyes morales y del trabajo tales como se encuentran.

Con tal sistema, la organización de los trabajadores en España no puede realizar nada inmediato ni positivo, ni aun en el terreno del desarrollo de las ideas.

Compañeros, trabajadores todos: para ser soldados de la revolución y del progreso, es forzoso aceptar la discusión y el examen de las ideas, y

más entre la familia, á fin de definir y entender cada vez mejor los conceptos. Todo el que excomulga y expulsa de su seno á un correligionario firme, activo y útil, ó es un malvado, ó un ignorante, ó las dos cosas á la vez.

El comunismo anárquico extranjero ha dilucidado mejor en sus órganos las aspiraciones de la moderna revolución del proletariado.

Y yo debo declarar que siempre he entendido el colectivismo de esa manera y que rechazo llamarle *comunismo*, lo mismo que continúo apelando *producto íntegro* á la plena satisfacción de las necesidades á que tiene derecho irrecusable todo individuo y con mayor razón después de haber hecho esfuerzos para crear riqueza.

Porque, compañeros, la cosa es la más clara del mundo. Después de organizados por oficios los hombres todos, lógico es que han de producir ordenadamente por estadística en la gran división del trabajo colectivo y en completa posesión de las máquinas y útiles para producir pronto y mejor, á fin de que el trabajo no sea ímprobo y penoso. Natural es deducir las consecuencias. Tras de este hecho trascendental que habrá cambiado de raíz el desorden actual económico, á fin de que todos sean á la vez productores y consumidores, clarísimo es, como la luz del día, que el producto íntegro pertenece á su mismo productor en aquella parte *usual* que él propio necesite, que es lo que económicamente denominamos *valor usual*; pero, como toda mercancía contiene además *valor cambiable* y, á mayor abundamiento, como que los cambios ó circulación de los productos exigen por el progreso la integridad general de las mercancías, y éstas, en el porvenir, estarán clasificadas ordenadamente, y además, dichos cambios no se ejecutarán de hombre á hombre cual en el estado primitivo, fácil es deducir que los oficios respectivos dispondrán de almacenes ó bazares para realizar por estadísticas esa gran circulación, que no es otra cosa que la mutualidad de los servicios sociales administrados por las representaciones genuinas de los mismos oficios.

Ahora bien, ¿qué se deduce de todo esto, compañeros, sino que todo individuo de un oficio entregará á la circulación el producto que haya elaborado en su *valor cambiable*, después sencillamente de habersé quedado con la parte que para su uso necesite, como ya he sentado por base por el derecho propio de su producción?

Y es consiguiente: el sastre, el zapatero, por ejemplo (en la gran división del trabajo no hará jamás un obrero él solo ni un pantalón, ni un par de zapatos), después de elaborar su obra no va á comer ni á vestirse por cierto con su producto si no lo cambia por el de otros oficios, y tanto más cuanto la moneda no deberá existir, porque si la moneda se dejase en pié, el monopolio restauraría de nuevo su tiránico y absorbente influjo, pues el signo metálico no podría menos de ser como ahora, la mercancía soberana, la que todo lo priva, y el resultado de la transformación social sería nulo y contraproducente.

Esto así explicado y comprendido, basado como está en los estrictos principios de la sociología revolucionaria á que aspira el proletariado consciente, es á lo que yo he llamado siempre *colectivismo*, nombre genérico con el que se define la colectividad de seres relacionados entre sí en los propios intereses. Si otros le quieren llamar *comunismo*, en buen hora, yo, por mi parte, prometo que, á pesar de conocer que el nombre no hace á la cosa, le seguiré llamando lo primero, y no porque la palabra comunismo tenga en sí nada de repugnante, dado que sea *anárquico*, esto es, sin administración gubernamental privilegiada, sino por la costumbre ya en mí inveterada de tantos años consecutivos de consecuente propaganda.

La identidad de estas dos ideas, estriba también en los principios de justicia.

El colectivismo afirma que el producto pertenece *íntegro* al que lo ejecuta; y el comunismo, que cada individuo productor debe reponer sus fuerzas gastadas. Pues bien, fácil es interpretar la identidad de estas ideas, de estos dos conceptos que divide á los trabajadores por falta de capacidad revolucionaria.

El producto, en efecto, debe pertenecer á quien lo ejecuta. ¿Por qué? Porque es la reproducción de su sér, esto es, lo que necesita indefectiblemente para reponer sus gastadas fuerzas en la medida de su idiosincrasia. Pero como quiera que ha de reponerlas ordenada y variadamente, como he afirmado, con arreglo á sus necesidades y en el distinto grado que es consiguiente á la diferencia de gustos, pareceres y apetitos, ha de ser precisamente el individuo relacionado con la colectividad que le incluye por el desarrollo de su actividad conocida y precisada en la obra de su ingenio y de sus manos, y aún con la humanidad entera por la federación de los oficios, ó sea *solidaridad económica*, no comiendo todos lo mismo, ni á la misma hora, ni vistiendo igual tela, como algún sofista supone, sino en la medida y diferencia á que se reconozca acreedor, no sólo por el grado de su esfuerzo, sino por sus determinadas aptitudes, inclinaciones, apetitos, urgencias y hasta caprichos, que todo esto entra en las condiciones orgánicas é *indivisibles* de los seres.

Es preciso no olvidar que ningún productor hace ni ha hecho nada jamás por sí solo sin apoyarse en trabajos anteriores y aun complementarse con los posteriores de otros oficios, además es también necesario no perder de vista que por más que en principio es inconcuso pertenecerle íntegro y en absoluto el producto, no lo hará así, ni ha de verse impulsado á ello en el porvenir á que aspiramos, pues incurriría en una monomanía estúpida, teniendo como tendrán garantida su vida todos los productores por la propiedad *colectiva*, base primordial para el desarrollo de toda actividad individual.

El sentido práctico que de estos conceptos se desprende, y por él rebatiré al mismo tiempo la objeción que se nos hace de la diferencia del esfuerzo individual (invisible y difícil de apreciar, por tanto, en los detalles de la división del trabajo), ese sentido práctico, digo, no es otro que el principio científico que se desprende de la equivalencia de las fuerzas naturales por la combinación de las series y por la multiplicidad de las transformaciones y enlace de todas ellas, todas activas y necesarias en la unidad del conjunto.

Pues bien, las fuerzas sociales son idénticas á las fuerzas naturales, como modificación ó transformación de ellas, por las series que las han podido producir, y esto es la anarquía en *acción*, tanto en el todo de la naturaleza como en la parte del conjunto de las actividades sociales al propio fin encaminadas y dirigidas positiva y no metafísicamente con todos los adelantos de la mecánica, que las constituyen y elevan, con todos los inventos del tecnicismo científico, que las dan mayores elementos y más ancho y fácil campo de acción, eliminándoles la improbidad y atrayéndola á la par más vivamente por el empleo de las facultades intelectuales y de la derogación del trabajo de la bestia.

La anarquía sería, en efecto, una palabra vaga, destituída de sentido, una *logomaquia* capaz sólo de producir escándalo y críticas mordaces, si no la concibiéramos como integridad de las facultades en lo que de más grande, respetable y noble tiene el individuo, que es su actividad creadora en relación con las necesidades y movimientos propios de su existencia, y mientras esta filosofía de la anarquía no la penetren y profundicen las clases trabajadoras, no estarán aptas para hacer la revolución social á que aspiran.

Las consecuencias morales de la anarquía, no son otras que unir con estrecho lazo de solidaridad á todos los que sientan tan sublime concepto civilizador, al objeto de depurarlo cada vez más y comprenderlo de un modo positivo y progresivo á la vez que terminante, en lugar de establecer dogmas y fundar iglesias, cuyos sacerdotes y augures no hacen otra cosa que juegos de farsa al invocar la revolución que debe inspirarse únicamente en las necesidades del proletariado, en las exigencias del bien común y en los lógicos y necesarios procedimientos de zapa que sólo rechazan aquellos que están poseídos por necios escrúpulos de monja...

Los falsos poderes de hoy deben ser y lo son constantemente amenazados por los verdaderos y positivos poderes sociales que aspiran á sacudir la ominosa tutela que impide su propio y natural desenvolvimiento, y esos positivos poderes, que viven y se nutren en la realidad social, que son la ciencia y el trabajo unidos y sus genuinas representaciones, constituídas por trabajadores teóricos y prácticos, son, en efecto, los poderes sociales eternos y permanentes, perjudicados hoy por la invasión de los gobiernos todos, sostenidos por la fuerza con el mayor descaro, cinismo y ostentación y rodeándose de apariencias ridículas y denigrantes para la humanidad, las que han de hundirse en el fango si el bien de la misma es factible.

La duración y estabilidad de esos poderes efectivos se sostendrán tanto como el mundo, á fin de determinar de un modo positivo *lo tuyo* y *lo mío*, que algunas escuelas utópicas tratan de destruir y que son conceptos eternos, indispensables á todo desarrollo individual y colectivo.

Nada más impracticable, nada más enemigo de la revolución que la utopía, y si nosotros somos revolucionarios, si amamos la revolución más que á la esencia misma de la vida, si dispuestos estamos á atacar todos cuantos obstáculos tradicionales la dilatan, é impiden la marcha ascendente de la humanidad hacia la reivindicación del derecho, y llegar á la práctica del derecho social por medio del trabajo colectivo, en la posesión de sus factores y productos desde el día de la liquidación, para que sean posibles y estables las nuevas instituciones, es precisamente porque estimamos *lo mío* y *lo tuyo*, y porque queremos descifrar de un modo exacto y positivo, con el acrisolado criterio matemático, lo que á cada cual pertenece, por ser á todos y á cada uno imprescindible para la conservación y bienestar de su vida y poder producir su realidad sin que haya autoridad alguna, ni individual ni colectiva, que llegue á arrancarnos los elementos de vida ni usurpar, de aquello que es *nuestro*, ni aun la más leve arista, ni el átomo más imperceptible.

¿Me entendéis, sí ó no?

Si lo primero, vuestra capacidad revolucionaria, hasta ahora pasiva y estéril en los más, é indolente y platónica en todos, tendrá que hacerse activa, febril, enérgica, y podrá ser entonces fecunda para nuestras legítimas aspiraciones. Si lo segundo, mi deber, por la índole de este libro, es decir, aunque clavándome con rabia las uñas en el pecho, que aun no ha llegado el momento de que la clase trabajadora tenga conciencia ni de su alta personalidad, ni de su ultrajado derecho, ni de la misión que el siglo la encomienda.

Y es que la clase trabajadora deberá estudiar de antemano, antes de la liquidación social, de qué manera han de arreglarse y constituirse los grupos y oficios para que á cada cual y á todos juntos les sea asequible traducir al hecho el derecho á la vida, pues de lo contrario el movimiento revolucionario á que aspiramos sería ineficaz y la humanidad retrogradaría inevitablemente para buscar su salvación del informe caos producido por la revolución misma. Pero como por la liquidación social todos los oficios se apoderarán, al mismo tiempo que de los instrumen-

tos del trabajo y de la tierra, de todos los almacenes, industrias, bazares, manufacturas y confecciones, tanto para la nutrición como para todas las demás necesidades perentorias y urgentes de la existencia, único modo de entrar desde luego en el pleno goce y disfrute del derecho natural y estar en aptitud de cumplir los deberes, lo que significa que todos esos productos y provisiones de todo género, pertenecen á todos, pues todos concurren á crearlos en la medida que sus necesidades del momento exigían, las colectividades obreras seguirán así el curso marcado en la convulsión social, por cuya iniciativa fehaciente la misma sociedad habrá mudado, por decirlo así, su carácter, condiciones y temperamento, cual sucede á todo organismo en las crisis fatales de su imprescindible transformación. La regeneración de la humanidad habrá de esta suerte, podido ser un hecho real y positivo.

De otro modo preparado y practicado fuera de la encarnación real, los obreros caminarían á la impotencia y al caos destructor, donde no se consigue reconstrucción alguna.

¿Me entendéis, sí ó no?.....

Esto, para afirmarlo de un modo más claro y positivo, quiere decir que de ningún modo se ha de poder llevar á cabo y consolidar la revolución social, si todos no realizan aunados sus aspiraciones y su vida propia por la organización económica del fondo permanente *común* ó *colectivo*, y hé ahí la propiedad individual y transitoria que ha de surgir de la revolución, para que no se interrumpan ni un momento las mismas transacciones económicas y menos dentro del complemento de bienestar y riqueza general á que ha de tender la grandiosa y trascendental conquista revolucionaria á que impulsan de un modo inminente, fortuito y seguro las crecientes necesidades de la industria, de los inventos y de las maravillas todas de este nuestro siglo, portentoso innegablemente por sus adelantos materiales, pero mucho más portentoso aún por los adelantos de las aspiraciones hacia la equidad y la justicia como consecuencia inevitable de los primeros.—TEOBALDO NIEVA.

MISCELÁNEA

SIN perjuicio de volver sobre este asunto si lo juzgásemos conveniente, creemos necesario rectificar tres puntos sobre los cuales nuestro amigo Nieva ha dejado correr la pluma con harta ligereza en su artículo «Colectivismo y Comunismo,» inserto en este mismo número.

No es cierto que el concepto del producto íntegro se haya propagado en España por un enviado de cierta escuela burguesa. Ni existe tal escuela burguesa, ni Fanelli, el apóstol de la Internacional en España, era hombre que aceptase tales comisiones. No creemos en la existencia de un burgués, ni menos en una agrupación de burgueses que profesen el principio de dar al obrero el producto íntegro de su trabajo, porque esto implicaría la renuncia de todos sus privilegios y riquezas.

No es cierto que el *dogma* del producto íntegro haya petrificado la inteligencia de los trabajadores españoles, antes al contrario éstos han sometido sus ideas siempre y en multitud de actos públicos y en la prensa á la contradicción, declarando que ansiaban la posesión de la verdad y no tenían pacto alguno con el error.

No es cierto que se hayan hecho partidarios exclusivos de la *evolución legal*, y muchos hechos lo prueban, entre los cuales citaremos uno, los sucesos de Alcoy, y además las infinitas manifestaciones con que se ha solemnizado la *Commune* de París.

Sin extendernos á más por hoy, dejamos á nuestros lectores que examinen con libre juicio el trabajo á que nos referimos, y sólo á título de facilitar el examen hacemos esta breve rectificación.

El movimiento por las ocho horas en los Estados-Unidos dista mucho de haber fracasado del todo. Haciendo el cómputo resulta que cerca de 500,000 han alcanzado la jornada de ocho horas, que otro medio millón ha conquistado el tipo de nueve horas y que un millón más ha reducido las horas de trabajo de un modo ú otro; pues los que

trabajaban catorce ó quince horas, se han quitado de encima dos ó tres; los que pedían media fiesta para el sábado, han alcanzado su intento y en los más de los puntos donde pedían el que se cerrase más temprano y no se trabajase el domingo, se ha conseguido este objeto.

En la Sociedad de Biología de París se ha discutido una Memoria de D. Domingo Freire, médico de Río Janeiro, sobre la fiebre amarilla y su microbio y efectos de su inoculación como medio profiláctico, afirmando que desde el mes de Diciembre de 1884 hasta Abril de 1885 se han inoculado 3,051 personas y ni una sola ha muerto de fiebre amarilla.

En el artículo destinado á este asunto en el periódico de medicina de que extractamos esta noticia hay datos interesantísimos, de los cuales prescindimos por su carácter técnico, y nos limitamos á consignar el hecho más culminante, agradeciendo á la Medicina esta conquista que ha realizado en pro de la Sociología.

El movimiento de población tiene un carácter particular en cada país, dependiente de sus circunstancias particulares.

La población de Francia era el 31 de Diciembre de 1866 de 36.594,836, y el 31 de Diciembre de 1881 de 37.406,290 habitantes; por consecuencia el aumento anual representaba un término medio de 0,15 %.

El censo de Italia del 31 de Diciembre de 1871 dió 24.801,154, y el de 1881 resultó ser de 28.459,451; de modo que el término medio fué de 0,60 %.

El censo de Inglaterra, Escocia é Irlanda de 3 de Abril de 1851 dió 31.817,108, y el de Abril de 1881, 35.172,976, resultando el aumento de 1,01 %.

En la Rusia europea había en 1866 una población de 71.195,394 habitantes y en 1880 era de 85.058,424; el aumento era de 1,38 %.

Austria-Hungría tenía en el 31 de Diciembre de 1869, 35.490,435, el 31 de Diciembre de 1880, 36.882,712; el término medio era de 0,49 %.

La población de Prusia se ha aumentado de 1880 á 1885 de 3,79 % y este aumento es inferior al del período precedente. Después de 1867 la población se aumentó en 4.292,592 habitantes, ó de 17,87 % respecto á la población total de aquel tiempo. El aumento anual resulta así de un término medio de 0,918 %.

Según *El Drama de la Miseria*, interesante libro que acaba de publicarse en París, hay en aquella capital 200,000 indigentes, que sólo viven de la caridad pública y que habitan lejos del centro brillante de la gran capital, en las alturas de Belleville ó en las pendientes del valle de Bierre.

Hay allí 3,735 habitaciones desprovistas de todo medio de calefacción, 6,894 que sólo reciben la luz por un agujero, y 3,192 que ni rastro de luz tienen siquiera. De estas habitaciones, hay piezas donde se ven tres, cuatro y hasta cinco camas, en cada una de las cuales duermen dos ó tres personas. Con este modo de vivir, claro es que se pierde toda idea de pudor y todo respeto á la moral. Hay, además, una gran masa de población que pasa la noche en inmundas y repugnantes casas de dormir, y no pocos que no tienen más casa que los lanchones carboneros del Sena ó los bancos del Bosque de Boulogne.

¿Qué puede esperarse de los inocentes hijos de esas familias, que crecen y vegetan en la miseria más espantosa, faltos de toda educación y respirando constantemente la atmósfera emponzoñada del vicio y del hambre á la vez? Todavía horroriza más el pensar la predisposición de las muchachas de esa masa de población á caer ante los lazos del primero que les abra su puerta ó les alargue un pedazo de pan.

Lo que á propósito de esto dice el autor, es espantoso. Ni aun buscando su pan en el trabajo de una fábrica ó de un taller pueden escapar la mayor parte de esas mujeres, y sobre todo las jóvenes, de pagar tributo á la desgracia de su miseria. Allí les aguarda el «derecho del capataz» mucho más real, dice, que los decantados derechos del antiguo señor feudal.

De algunos años acá la miseria ha tomado en París proporciones alarmantes; el libro á que nos referimos ha puesto al descubierto la sentina; sus narraciones y los datos que aduce son abrumadores.

Entregamos estos datos á la consideración de los socialistas para estimularlos á desplegar la mayor actividad é inteligencia en la destrucción de las causas de tanta miseria.

Estos movimientos de la población se producen en las condiciones más desastrosas, á causa de la situación económica de las clases obreras y de su exceso de trabajo. Estas condiciones determinan cinco grupos de fenómenos sociales, á saber:

- 1.º Disminución de la longevidad media.
- 2.º Aumento de la mortalidad de los niños.
- 3.º Disminución de la estatura.
- 4.º Aumento de las enfermedades profesionales y mentales y del alcoholismo.
- 5.º Aumento de la criminalidad, particularmente de los crímenes de miseria y de necesidad.

Véase el resultado de la comparación de datos estadísticos sobre la edad de diferentes clases sociales de Berlín, efectuada por M. Kasper. Ha establecido la edad media de 2,000 obreros y la ha comparado con la longevidad media de 713 miembros de familias nobles de Berlín, y ha hallado que sobre 1,000 hombres de las dos categorías vivían

	aristocracia	proletariado
hasta la edad de 5 años.	943	655
» » 20 »	886	586
» » 50 »	557	338
» » 70 »	235	117
» » 90 »	15	4

La comparación demuestra claramente que el exceso de mortalidad de los proletarios es un crimen social, que, aunque cometido colectivamente, no exhime de responsabilidad á los individuos.

El trabajo de los niños en las fábricas de los Estados Unidos va aumentando cada año:

De la Memoria publicada por el inspector de fábricas de Nueva-Jersey resulta que el número de niños ocupados en las fábricas de dicho Estado era en 1885 de 15,000. Por término medio los niños comienzan á trabajar á la *edad de nueve años*; trabajan diez horas diarias y á veces hasta catorce, y son raquíticos y apenas saben leer. Su salario no excede de 2 dollars (10 fr.) semanales. La oficina de estadística obrera de Nueva York señala la misma explotación en las fábricas de este Estado. Allí los infantiles obreros trabajan once horas y los mayordomos los vigilan con el látigo en la mano. Los obreros adultos, los padres de familia son reemplazados por mujeres y niños.

Se observa que llegan muchas familias irlandesas rebosando salud, los niños de ambos sexos son robustos y frescos y tienen hermosas y sonrosadas mejillas; pero al cabo de dos años pasados en las fábricas se les ve pálidos y demacrados, á los siete años muere la mitad de la familia, y el total muere en breve plazo asesinado por la explotación de la gran república.

Apunten estos datos los obreros que pierden el tiempo reclamando el cumplimiento de la ley sobre el trabajo de las mujeres y niños.

Según documentos oficiales, los gastos hechos por Inglaterra desde 1.º Enero 1882 hasta 31 Marzo 1885 para sostener lo que se llama el honor de su bandera, se eleva á la suma de 9.415,968 libras esterlinas.

La pérdida en hombres desde la primera fecha hasta Junio del mismo año son 1,574 muertos y 6,047 inutilizados del ejército de tierra; 238 y 1,176 inutilizados de la armada.

Los contingentes de la India y de la Australia han tenido 109 muertos y más de 300 inutilizados.

Total 1,921 muertos y más de 7,000 inválidos para sostener la dominación del capitalismo.

Se calcula que en el mundo se hablan cerca de 2,000 idiomas y 5,000 dialectos, habiéndose estudiado y clasificado 850 de los primeros, de los cuales corresponden 50 á Europa, 150 á Asia, 100 á Africa, 425 á América y 125 á la Australia. Estos idiomas se derivan de un corto número de lenguas madres ó primitivas, de las cuales una de las más importantes es el *sanscrito*, del que se derivan casi todos los idiomas europeos, excepto el vascuence y algún otro.

Los idiomas que se hablan en Asia pueden agruparse en semítico, caucásico, persa, indio, chino, japonés, tártaro y sibérico. Los idiomas de Africa y de Australia son poco conocidos y estudiados por los filólogos.

MOVIMIENTO SOCIAL

EL socialismo, que en cada país se manifiesta según las circunstancias, las costumbres y las preocupaciones populares ó gubernamentales, ha hecho acto de exhibición en Italia con motivo de las elecciones de diputados. Aunque demostrado hasta la evidencia que el socialismo y la política sólo pueden mantener relaciones para perder el tiempo, los socialistas italianos se han permitido la distracción de intervenir en unas elecciones de diputados y, á pesar del censo, han podido presentar la cifra de 25,000 electores, de los cuales pertenecen 4,600 á Milán, 3,359 á Cremona, 2,083 á Nápoles, 1,649 á Turín, 1,500 á Alexandria, 5,000 entre Parma y Regio, etc.

No comprendemos el objeto que los socialistas de Italia se han propuesto al intervenir en las últimas elecciones: no podían aspirar á alcanzar mayoría ni siquiera una respetable minoría, ni tampoco podían proponerse la exhibición de su número y sus fuerzas, porque no practicándose el sufragio universal en aquel país, sólo han votado los socialistas privilegiados y han quedado excluidos del número de socialistas votantes el número seguramente no pequeño que forman los socialistas sin derecho de voto.

Conviene tener presente, y sobre ello llamamos la atención de nuestros lectores, que la campaña electoral socialista de Italia ha sido efectuada en nombre del partido obrero, el cual ha presentado sus huestes compuestas de una cierta aristocracia del proletariado. Quizá este dato esté llamado á explicar y servir de fundamento á alguna mistificación que el porvenir se encargará de descubrir.

Exceptuamos de estas consideraciones al electo Cipriani, que se halla preso, y á quien han votado sus amigos con el fin de obtener su libertad, pero el gobierno ha anulado su elección.

Entre tanto, la miseria más espantosa pesa sobre aquel país, donde hay trabajadores que ganan, cuando encuentran trabajo, hasta 40 céntimos diarios, que se alimentan de yerbas del campo ó de aquella famosa *polenta* y que vegetan en un estado de embrutecimiento y sonnolencia que ha perdido ya los caracteres distintivos de la vida humana.

—Ha terminado la famosa huelga de Decazeville, y aunque no falte quien haya exclamado ¡victoria en toda la línea! lo cierto es que su fin sólo ha sido una transacción impuesta por el oportunismo que determina todos los actos de los radicales políticos.

Los representantes de la compañía y los directores de la huelga han pactado, y el resultado ha sido un irrisorio aumento en los jornales á cambio del expurgo que la compañía efectuará expulsando de las minas á los trabajadores más caracterizados, amén de un proceso que ha llevado á presidio á cuatro trabajadores. Con esto habrá ganado cierto ilusorio prestigio el llamado partido socialista obrero, que se propone suplantar á la burguesía en la explotación de sus compañeros, y el capitalismo ha recobrado el brillo que por algún tiempo empañara la persistencia de la huelga; pero nada ha ganado la justicia, que ostenta enhiesto siempre el lema «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los mismos trabajadores.»

—La agitación socialista, lejos de haberse apaciguado en Bélgica, promete nuevas manifestaciones para lo sucesivo. Según vemos en la prensa política, en Bruselas los patronos organizarán una liga de resistencia contra la manifestación que los socialistas proyectan para el 15 de Agosto próximo, en cuyo día se proponen realizar una huelga general.

El burgomaestre trata de impedir dicha manifestación, pero los obreros están resueltos á llevarla á cabo.

—También en Chicago han estallado nuevos motines por efecto de las huelgas.

El tráfico de mercancías en el ferrocarril de La Keshore, ha quedado interrumpido por falta de empleados.

La policía ha intervenido resultando una sangrienta lucha. Cuatro huelguistas han sido muertos y varios heridos.

A pesar de la resistencia de la fuerza pública, los huelguistas han conseguido apoderarse del depósito de locomotoras del ferrocarril, no permitiendo la salida de los trenes.

—La sorda agitación que se notaba en las principales poblaciones de Austria-Hungría, cuyo proletariado es de temperamento revolucionario, ha producido ya importantes manifestaciones.

Masas imponentes de obreros, estudiantes y mujeres han chocado con la fuerza pública, habiendo ya sellado con sangre la reivindicación social.—L.

Establecimiento tipográfico-editorial LA ACADEMIA, de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona